



**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

**María José Poblete**  
Desde el confín

---

## 1. DE LEJOS VIENEN

### La Mano

Como una procesión de espíritus atravesaban el desierto. El ruido de las cadenas llenaba el silencio.

Ni un charco de agua en el camino. Ni un arroyo ni un pozo ni un oasis. Días de sed y polvo. Los vasos de estaño iban vacíos, chocando contra sus cinturas, recordándoles la lengua rasposa que llevaban pegada al paladar, la arenilla acumulándoseles en la boca, el sabor de las grietas de sus labios que sangraban si intentaban articular una palabra. El brillo del desierto les había quemado los ojos.

Adelante, el Capitán, caballos y jinetes. Luego, los soldados.

Tres curas y una española.

Los perros junto a sus amos no ladraban.

Atrás, miles de pies iban dejando sus huellas sobre la tierra hirviendo, unas sobre otras, hasta formar un sendero.

---

Los cuerpos caminaban encadenados de cuello en cuello, con collares de fierro amarrados. No quedaban niños entre ellos. Tampoco viejos ni embarazadas. Dos filas de hombres y mujeres cargaban sobre sus hombros varias veces su peso y atravesaban la inmensidad de tierra mientras les durara el cuerpo: primero perdían la grasa y el brillo de su pelo, luego se les soltaban los dientes y la piel se les llenaba de grietas que rápido eran surcos; los ojos abiertos se les quedaban ciegos; las bocas, mudas; los oídos, herméticos. Pero seguían andando. Días y noches bajo el sol blanco, con el hierro quemándoles los cuellos, andando hasta que caían a tierra y no había látigo ni grito de centinela que reanimara al montón de pellejo y huesos que quedaba atrapado bajo la carga. Entonces, las columnas se detenían para deshacerse del bulto y retomar la marcha, agujereadas por un aro de metal vacío, nueva tumba invisible que dejaba el cuerpo abandonado en el desierto.

Las momias eran los únicos testigos de la marcha de africanos, yanaconas y españoles que avanzaba silenciosa. Quechuas, aymaras, carneros, caballos y hasta un blanco reposaban en el camino como si estuvieran vivos, con la ropa quemada y el cuerpo intacto. No había animal que fuera a devorarlos.

El sol ritmaba el paso de los hombres y las mujeres en su marcha. Cuando caía al mediodía sobre las piedras y sobre las cabezas, cuando acortaba las sombras hasta hacerlas diminutas y lo transforma-

---

ba todo en un espejo, se detenían los muertos ambulantes, encadenados y libres, y del polvo levantaban una sombra: estiraban sobre el piso los enormes trozos de tela y clavaban uno de sus lados a la tierra con una hilera de remaches. Luego, anudaban las dos puntas de tela que quedaban libres a los palos que los soldados cargaban siempre a cuestas y alzaban así un toldo. Blancos, perros, caballos y unas cuantas yanaconas atadas de manos se recostaban bajo las sombras hechas de paños que parecían barcos en medio del desierto y esperaban a que bajara el sol y pudieran retomar su andar hacia la aldea esa ubicada en un valle, hacia ese Cuzco del Sur que decían que estaba sobre la isla de un río que corría entre los cerros.

Afuera de las sombras, los hombres y mujeres encadenados esperaban bajo el cielo sin nubes la orden de ponerse en marcha. Con los brazos intentaban protegerse el rostro, ojos y bocas cerrados al sol y al aire que achicharra. Un zumbido se escapaba del montón de huesos y pellejo.

Amarrada de manos, tendida bajo un toldo, Kusirimay miraba los cuerpos arrumbados al sol. Le hubiesen bastado unos pasos para hacerse un ovillo junto a ellos y recordar en silencio las montañas desde las que habían venido, pero no estaba Huksunk'u allá afuera. Podía recostarse junto a ellos, pero era mujer de blanco ahora, no de Huksunk'u, y debía esperar bajo la sombra. Regalía envenenada.

---

A sus pies, el perro la vigilaba jadeando y un hilo de baba le mojaba los dedos.

—Buen perro —le gritó Antón al entrar, mientras amarraba su yegua bajo la sombra.

Un soldado sonrió al oírlo. Kusirimay siguió inmóvil frente a la inmensidad caldeada, la mirada fija en los cuerpos allá afuera, a medias chamuscados. Antón tiró del cordel que le sujetaba las calzas harapientas y se escapó un vaho que abrió la boca de Kusirimay con una arcada. Pero no se movió. No dejó de mirar la ruma de hombres y mujeres cuando Antón cayó al suelo de rodillas y, con la mano inmunda de polvo y callos, le levantó las faldas y le abrió las piernas. No le desató las muñecas. No le vio los ojos cerrarse como puños.

Cinco arremetidas fueron suficientes para que se vaciara en ella. Volteada hacia el desierto, nada dijo la Lengua del Capitán. No hizo nada.

Solo el perro saltó todo lo alto que la soga le permitía y lanzó al aire tarascones, como queriendo también echarle un diente al cuerpo de mujer.

—¡Scht! —gritó Antón con las calzas todavía abiertas y el recodo del brazo tapándole los ojos. Su ronquido satisfecho se alargó lo que el calor de la tarde.

Como todas las tardes.

---

## La Lengua

Me llevan con ellos a la rastra. De cacería, como los incas. Pero en lugar de vicuñas, cazan personas. Dónde está el oro, dónde la comida, dónde las mujeres. Tengo que traducir sus preguntas del castellano a un idioma que no hablo. Se los digo en quechua y a veces comprenden. Les hablo muy lento para que recuerden las palabras que sembraron los incas. Dónde la aldea y las ropas y las joyas. Abro los ojos para que vean en ellos lo que estos barbudos van a hacerles si no contestan. Muchos no me entienden. Les digo que vienen de lejos, que están hambrientos. Que son peligrosos, les digo. Que tienen cuchillos que cortan orejas y narices como papas cocidas. Demonios blancos. Supay, les repito. Se los digo aunque ya lo sepan. De otros blancos que por aquí han pasado lo aprendieron.

---

A ver si con eso se salvan ellos y me salvan a mí de ser la lengua de este rito.

Andan como perdidos, como una bandada de pájaros revoloteando bajo las nubes que anuncian la tormenta. Los he visto llorar y morir del hambre. Los he visto hablando solos y despertar gritando en medio de la noche. Creen que basta con desearlo para que las cosas se cumplan. No escuchan lo que la tierra dice, lo que el sol anuncia. Por algo no andan perros ni zorros en el desierto. Ni bichos hay. Pero ellos siguen como ciegos, riéndose de los muertos que encuentran: acurrucados, rodeados de animales, resecos todos, parece que durmieran. Es que esta tierra se queda con el que se demore en ella. Los blancos se ríen y no ven que duermen plácidos. Se burlan de verlos muertos sin haber peleado. Sus muertos, en cambio, se retuercen de tristeza y rabia, de hambre y de sed. Con esa mueca emprenden viaje. La misma con la que se quedan tirados en la tierra, lejos de ese lugar que llaman Patria. Dicen que está más allá de las montañas, que para llegar hay que subirse a una casa que flota durante lunas. Dicen que la vida es plácida y la gente buena. Y yo no entiendo por qué se fueron, si acá andan que parecen momias.

Van cortando hombres en pedazos y los lanzan a los perros. Por un puñado de oro. Y lo hacen con mi ayuda.

Sus dioses no piden sacrificios. No reclaman mujeres, no reclaman niños. No beben sangre ene-

---

miga. No brillan sobre las nubes ni duermen en las montañas. Su dios es un hombre muerto, clavado en un madero. Ellos matan por gusto y lo hacen con mi ayuda.

Pero no se puede cambiar el rumbo de lo que está escrito. Todo lo ha previsto Viracocha. Dijeron partir y partimos todos. Dijeron que vengan esas piernas, que vengan esos brazos, y nos llevaron con ellos. Dijeron que yo fuera su lengua y soy Lengua del Capitán.

Hoy decidieron atrapar a dos muchachos.

He pasado de mano en mano siguiendo el círculo que anduvieron mis abuelos y sus padres y también los padres de sus abuelos; he caminado los senderos dibujados para mí cuando el mundo era solo noche y arcoíris. Sirviendo. He preparado comida. He vestido a las coyas.

He dejado que incas suban mis faldas, he dejado que barbones rajen mis sandalias, incas y barbones. No importa si tengo miedo o si chorrea el rojo entre las piernas. Sirvienta de inca, sirvienta de blanco. Pero ahora no me sirve cerrar los ojos e imaginar al cóndor planeando sobre el cañón mientras terminan de llenarme con sus jugos. No basta. Ahora quieren mi lengua, ahora piden que mire, ahora piden que hable, ahora piden que los espere a que el palo termine de golpear y el cuchillo haga lo suyo para que luego pronuncie en quechua sus preguntas que son gritos. Entonces vuel-

---

vo a decir: dónde está la aldea, dónde la comida y las mujeres, dónde han enterrado las papas, dónde un riachuelo, dónde el pozo. Así me lo ordenan. Que no me entretenga. Que no me retrase tanto, me dicen. Que no mueva tanto las manos y les diga de una vez que hablen si no quieren perder la oreja que les queda. Me lo piden a gritos.

Soy yo la que maltrata.

El sol sube y quema como nunca lo vi quemar en las montañas del Cuzco. Los blancos se han ido encogiendo con el viaje. En la cara les crecen pelos que parecen raíces buscando una acequia. No les queda ni agua para sudar bajo los harapos. Uno diría que son espíritus si no fuera porque siguen peleando. ¿De dónde sacan las fuerzas?

Andan con la muerte metida en el cuerpo. Estallan riñas. A veces se les oye alborotados. Parecen niños taimados. Pero no son niños. Son salvajes, son demonios. Tienen la espada más rápida que la lengua. La sacan como si fuera un puño y no metal que se entierra y mata. De tantas batallas y sed acumuladas, riñas de desierto y hambre, de hastío y lejanía: de pronto un barullo de metal y botas, gritos, cadenas que se agitan. La trifulca termina siempre con un alarido que se alarga. Después el silencio. Si me esmero, puedo oír el hilo de sangre escapándose del cuerpo que quedó botado. La tierra se encarga de chuparla. No deja más huella que un círculo pintado de negro.

---

Así gritó Huksunk'u la noche en que me lo quitaron.

Huksunk'u, el fiel, su corazón era uno. Todo ello lo decía su nombre, y sospecharon. Un barbudo me deseó, con cuchillo veloz puso fin a la caza. En la carpa toda para él ahora ando. Mío, mía, míos: la tierra y las estrellas, el oro, la plata, la comida, las mujeres. Quiero, tengo, quiero. Les sabe más sabroso el bocado que comen a escondidas. Me deseó entre las muchas que caminamos desde el Cuzco siguiéndoles los pasos. Con cadenas al cuello caminamos. Me deseó a mí, como desearon a otras que siguen mi suerte. Me quiso única. Suya. Sin Huksunk'u. Sin otros. Huksunk'u, mi hombre. Mi historia y mi infancia. Mi hermano. Mi compañero. Huksunk'u no era el único. Otros hombres hay, hermanos hay, compañeros hay. Pero sin Huksunk'u estoy sola.

Los míos duermen bajo el frío del desierto. Yo arrimada a un cuerpo que apesta. Pelos y costras. Olor de blanco. Antón es su nombre. He perdido la cuenta de las lunas que he dormido bajo esta carpa de tela. El grito de Huksunk'u llena mis noches. El fierro en el cuello pesaba sobre mis hombros: más cerca estaba de Huksunk'u en el caminar encadenado. Huksunk'u ausente. Le sacaron bramidos de tapir herido. Lo dejaron tirado. No pude buscarlo. No pude encontrarlo. Muerte de animal le dieron. Andará vagando.

Así estaba escrito.

---

Pero el círculo lo seguiré andando. El adelante está atrás. No importa cuánto tiempo hace ni cuánto falta por andar. Ya vinieron mis abuelos acompañando al Inca por estas tierras conquistadas. Barrieron el sendero antes de su paso. Sembraron de pétalos las piedras que pisaría. No eran cientos sino cientos de cientos. No había quipu que pudiera contarlos. Preparaban su llegada y su partida. Que por donde el hijo del sol pasara, siempre hubiera otro que ya hubiese estado. Señor de todos los dominios. Se sucedían las lunas, recorriendo territorios de aucas. Salvajes. Se sucedieron lluvias, siembras y cosechas. Vinieron mis abuelos sirviendo incas y los sigo yo, sirviendo blancos. Ellos aplastados por la litera de oro; yo, por la palabra de esta tribu hambrienta. Sus pisadas entibian las mías. Volverán mis hijos y sus hijos. Con todos ellos viajo. Pero me cuesta trabajo seguir la senda.

En el Cuzco era yo sirvienta yanacona, hija de esclavos que eran hijos de esclavos cuyos padres algún día fueron libres. Hablaba en quechua aunque mi abuela lo hiciera en otra lengua. Cuzqueña era, sirvienta del Inca. Mi abuela contaba historias de su pueblo como si fueran canciones. No somos quechua, Kusirimay, ni inca ni scires, aunque vivas entre callejuelas y templos y te duermas en el frío de estas montañas, me decía. Tu aldea no te olvida. Habrá un huerto esperando tu regreso, un pedazo de selva reservado para tu hija y para la hija de tu hija, porque el círculo volverá a comenzar ahí don-

---

de lo dejamos. Mi abuela me hablaba despacio en las habitaciones de servicio, con los ojos cerrados. Hablaba desde tan lejos que apenas podía oírla, con los pies en una poza de lluvia, bajo el techo de jungla. Y yo viajaba con ella a ese lugar desconocido, bajaba ríos en canoas de madera, atravesaba los muros de piedra del palacio del Inca, cubierta por mi manta de algodón. Lejos del oro y los tejidos, de las habitaciones y de las ceremonias.

Nada de eso ven estos barbudos.

Salvajes nos llaman a todos los que vivimos en estas tierras. Indios. Indias. De un golpe castellano me hacen inca, aymara, yanacona, reche; opresor y oprimido al mismo tiempo; de un golpe de su mano borran la selva de mi abuela, las batallas y las victorias, los caídos, la infancia de mi madre. India, me dicen.

Dejaron a sus mujeres allá lejos. Vinieron sin sus niños. Solos con sus bestias. Atrás vamos nosotros. Yanas y negros. Y los que capturan en el camino cuando no los matan. Somos muchos. Ellos, una manada, un puñado de hombres y una hembra. Y aún así. Cuando parece que su dios los olvidó bajo el sol del desierto, los blancos siguen negándose a morir. Pueden estarse tambaleando de sed y de hambre, pero basta con que vislumbren a alguien a lo lejos para que agudicen la vista que tenían borrosa, se pongan rígidos, se suban a sus bestias y partan al galope para sacar lo que se pueda de los gestos y sonidos que es capaz de emitir un hombre con miedo.

---

Hoy eran unos guaguas los que andaban sobre los cerros jugando con sus boleadoras cuando un barbudo dio el aviso. Unos fueron a caballo, otros corriendo. Los perros lanzaban mordiscos al aire y yo, jalada de una mano, corría a tropezones con las piedras. Hasta que dieron con ellos. Los que iban montados apuraron el paso y sacaron las cuerdas, las hicieron girar sobre sus cabezas y las lanzaron varias veces hasta lacear a los dos muchachos, que huían como chinchillas. Lloriqueando venían, arrastrando los pies y retorciendo el cuello, cachorros asustados, más cerca de la teta que del hacha, tratando de soltarse de la sogá que los apretaba por la cintura. Una llama escuálida fue lo que consiguieron de ese par de niños rebanados, muertos a mordiscos sin entender ni una palabra de los gritos que yo iba traduciendo al quechua. Un poco de carne que llevan asando desde entonces.

El olor me revuelve las tripas y se mezcla con los rostros de los guaguas, que no quieren abandonar mis ojos. Vinieron para quedarse, para sumarse a los muchos otros rostros que vienen a visitarme por sorpresa. Me miran con lo que les queda de ojos, abriendo el hoyo donde estuvo su boca para intentar hablarme. ¿Quién es esa?, preguntan. ¿Espíritu que habla? Lengua que invade, lengua que arrasa, en quechua y en castellano habla, pero no en kunza ni kakán ni aymara, dirán. Tampoco hablo la lengua de mi abuela. Crujido de árboles por esta boca mía, canto de pájaros que para ellos es el canto

---

del demonio. Me miran y no dejan de mirarme, este rostro que tanto se les parece y que intacto está. Me suplican y no puedo oírlos, me suplican y no puedo atender sus ruegos. Me odian y no puedo decirles que lo siento. No conozco su lengua.

Resecos han de estar los restos de esos dos que hoy dejaron tirados en el cerro cuando ya no había nariz ni orejas ni dedos que cortarles. Pero no se duerme en paz si nadie lo despide a uno, si se termina de festín de animales sin haber alcanzado a invocar a Viracocha. Quedan flotando como nubes, como quedó flotando Huksunk'u, esperando despedirse un día. Regresan todos a pedirme explicaciones, deseando haber cambiado el rumbo para no haberme encontrado en el camino ni haber oído mi voz ronca. Vuelven a mí porque fui para ellos el rostro del demonio.

Yo, Kusirimay.

Su boca, su olor, su mal aliento.

En eso me han convertido estos hombres viajeros. En su herramienta.

Su lengua.